

Luégo, arrastrado de la gloria, incurre
En la debilidad que tanto afea.

Pero yo, al fin, me impongo una tarea,
A ratos divertida,
Que engaña los disgustos de la vida.
Sí, Fabio, que aunque médico es Apolo,
La dolencia poética no sana.

Ni cifro en ella mi deleite solo,
Porque frecuentemente
Me recrea la música, su hermana,
Noches hay en que se hallan congregados
Veinte, y acaso más, aficionados,
Que su parte ejecutan de repente.

Mi manejo ni es mucho ni muy poco,
Y entre ellos logra así lugar decente,
Pues cuando no violin, la viola toco;
La viola, que algún día
En nuestras academias de armonía
Tú solías tocar por instituto,
De la cual yo quedé tu sustituto.

Gozamos un depósito abundante
De la moderna música alemana,
Que en la parte sinfónica es constante
Arrebató la palma á la italiana.

Si alguno al contrapunto se dedica
Y cualquier obra suya manifiesta,
La aficionada orquesta
Se la prueba, examina y califica,
Y aun con benignidad los circunstantes
Oyen mis sinfonías concertantes.

Así pues, Fabio, el tiempo distribuyo
(Dando á la obligación primero el suyo)
Entre la poesía y la pintura,
La música y lectura.

Mas no imagines que por ellas huyo,
Cual misántropo raro y displicente,
De todo trato y sociedad de gente.
Amigos tengo algunos que visito;
Pero á número corto los limito,
Y de nadie me pago fácilmente.

Aunque es, al parecer, tan poco austera
Mi condicion, que trato con cualquiera,
Tú solo aquí me faltas; tú, que harías
Venturosos mis días
Con tu apacible y estudioso genio,
Dando placer al corazón é ingenio.

EPÍSTOLA VIII.

El autor del *Poema de la Música* á su favorecedor el señor abate Metastasio, en respuesta á las honorables expresiones con que éste aprobó aquella obra.

Apolo decretó que era preciso
Reprimir la osadía
Del español que quiso
Obligár á la noble poesía
A que explicase la virtud arcana
De la expresiva música, su hermana.

Citóle un día en el sagrado monte,
Ante los jueces rectos
Horacio, Anacreonte,
Sófocles y Maron, que los defectos
Notasen del poético artificio,
Del buen gusto, del nûmen y del juicio.

Presentándose humilde, ya temía
De Horacio la censura,
Que con la fantasía
Pretende se concilie la cordura,
Y aún contados lunares no perdona
Si no es perfecto el rostro y la persona (1).

Al tierno Anacreonte, cuya lira
Halagüeñas pasiones
Tan fácilmente inspira

(1) *Verum ubi plura nitent in carmine, non ego paucis
Offendar maculis.*
(*Epist. ad Pisones*, v. 351.)

Horacio, no sólo juzga que los defectos, para que sean perdonables, han de ser pocos, sino que ha de haber muchos primores en el todo de la obra; y así abusan de este lugar de Horacio los que le citan para disculpar los defectos de una composición cuyas principales partes no son perfectas.

Hasta en los sensibles corazones,
Ni ménos delicado en el exâmen,
Ni más benigno espera en el dictâmen.
A Sófocles también es fuerza tema,
Pues no bien serán cuatro (2)

Los cantos del poema,
Cuando dicte preceptos al teatro,
Sin que presuma de escritor tan diestro,
Que confie agrandar á tal maestro.

No se promete, en fin, piedad ni auxilio
De la musa divina
Que concedió á Virgilio
Amenizar la sólida doctrina,
Y apropiár con deleite y enseñanza
Urbano estilo á rústica labranza.

Mas cediendo á la ley que Febo impuso,
Ya empezaba Iriarte,
Perturbado, confuso,
A cantar *maravillas de aquel arte*
Que con *vária expresion, grata al oido,*
Mide y combina el tiempo y el sonido,

Cuando llegó, precipitando el vuelo,
Mercurio, soberano
Mensajero del cielo (3),
Y el cinto dios recibe de su mano
Breves renglones, que el fiel ministro
Traía de las márgenes del Istro.

Apénas ve la conocida letra,
El dulce regocijo
Que el pecho le penetra
Se asoma todo en el semblante, y dijo:
«El es, sin duda, él es quien esto escribe:
¡Albricias, Musas! Metastasio vive.

» En vano por Europa ha divulgado
La fama novelera
Que ya el rigor del hado,
Cortando de sus días la carrera,
A los Elisios trasladado había
El alma grande, imágen de la mía.

» Su noble estilo es éste; en él se digna
De honrar con expresiones
De aprobación benigna,
Uniendo á los elogios las razones,
El no común empeño del poeta,
Que al metro reglas músicas sujeta,

» Decidiendo el cantor de Democofonte,
Cualquier duda es agravio.
De Horacio, Anacreonte,
Sófocles y Maron el voto sabio
En solo el suyo compendiar bien puede
Quien á ninguno de los cuatro cede.

» El copia tu sutil discernimiento
¡Oh venerable Horacio!
Y crítico talento.
Tu *Carta á los Pisones* (4) deja el Lacio
Para correr de nuevo el universo
Cuando él la ilustra con toscano verso.

» Ya ves ¡oh Anacreonte! cuál traslada
Su bien templada lira
La gracia delicada
Que en tus ondas suavísimas se admira.
Anciano como tú (5), sigue tu genio,
Y no envejece con la edad su ingenio.

» ¡Quién á imitar con más acierto llega
Los sublimes afectos
Que tú en la escena griega
¡Oh Sófocles! moviste! Los efectos
De sus dramas enérgicos refieran
Los que nunca sin él músicos fueran.

» Tú también, gran Virgilio, le infundiste

(2) El 4.º canto del *Poema de la Música* trata del origen y progresos del drama musical, haciendo crítica de los aciertos y de los abusos que en él se notan.

(3) Alude á la circunstancia de haber venido la carta del señor Metastasio por medio de don Domingo de Iriarte, entonces secretario de embajada en la corte de Viena.

(4) Metastasio compuso una traducción del *Arte poética* de Horacio, que después de su muerte se ha publicado en una edición de Venecia.

(5) Anacreonte murió de 85 años, y no dejó de componer odas, aún siendo tan viejo. Metastasio, casi con otra tanta edad, continuaba en cultivar la poesía.

Las más altas ideas
Cuando la amante triste (1)
Venga en sí propia la esquivéz de Enéas.
Feliz como tu nûmen es el suyo,
Y así tiene otro César como el tuyo.»

Diciendo el padre Apolo de esta suerte,
Hacia el poeta isleño
El rostro ya convierte,
Majestuoso al paso que risueño.
Del insigne romano le presenta
La docta aprobación, y así le alienta:

«Sigue, á despecho de envidiosa plebe,
En tu afán literario,
Pues basta que le apruebe
Quien de mi ciencia es hoy depositario.
Guarda este elogio, de amistad memoria,
Aun más que monumento de tu gloria.»

EPÍSTOLA IX.

Escrita, en 20 de Mayo de 1776, á una dama que preguntó al autor qué amigos tenía.

Preguntas qué amigos tengo,

Y esto incluyó dos sentidos:
Si preguntas cuántos, pocos;
Si cuáles, voy á decirlo.
Amigo llamo, señora
(Sentemos este principio),
A quien me agrada y divierte;

Los demas no son amigos.
En esta suposicion,
El mayor amigo mio
Murió bien lejos de aquí
Habrá unos diez y ocho siglos.

Dábanle por nombre Horacio,
Y con ser un tiempo mismo,
Siendo filósofo, ingenio,
Y siendo poeta, juicio,
Fué maestro de buen gusto,
Y le estoy agradecido

De que para mi recreo
Me dejó escritos diez libros.
¡Oh, cómo sabe mostrarse,
Ya afectuoso con Virgilio,
Ya con su Augusto obsequioso,
Ya con su Glicera fino!

¡Cómo describe y corrige
De Roma antigua los vicios,
O afeándolos severo,
O riéndolos festivo!
¡Y cómo guía al poeta
Con documentos tan fijos,
Que es el apartarse de ellos
Acercarse al desvarío!

Cobréle grande afición;
Conócele por escrito
Y solamente de vista
Por medallones antiguos.
Ya que tratarle no puedo,
Llevo sus versos conmigo,
Y los que sé de memoria
Son mi deleite y mi auxilio.

Horacio es mi biblioteca;
Y encierran tanto sus libros,
Que cuanto más leo en ellos,
Ménos creo haber leído.
Si al no arreglado teatro
Por casualidad asisto,
Mucho malo, poco bueno,
Gracias á Horacio, distingo.

No me divierto como otros,
Ni me entristezco ni rio:
Me quita Horacio un buen rato;
Mas no aplaudo un desatino.
Al orador sin ingenio,
Al envidioso erudito,

(1) *La Didone abbandonata*, célebre ópera de Metastasio.

Al necio supersticioso,
Al ocioso presumido,
Y otros que en la sociedad
Son molestos individuos,
Ante el tribunal de Horacio
Acá en mi interior los cito.

No hay proceder en los hombres,
No hay pasión, yerro ú capricho,
Ni en mí pasa cosa alguna
De que en él no halle el aviso.
En artes, ciencias, costumbres,
Modo de pensar y estilo,
El enseña á preferir
Lo verdadero y sencillo.

Lo vulgar é inverosímil,
Lo afectado y mal fingido,
La hojarasca, la bambolla
Son sus grandes enemigos.
Cunden éstos como peste,
Y en contagio tan maligno
Es cada hoja de Horacio
Remedio y preservativo.

Mas, si este amigo murió,
Otro tengo, que, aunque vivo,
Está ausente, y le conozco
Tan sólo por el oido.
Háyden, músico aleman,
Compositor peregrino,
Con dulces ecos se lleva
Gran parte de mi cariño.

Su música, aunque le falte
De voz humana el auxilio,
Habla, expresa las pasiones,
Mueve el ánimo á su arbitrio.
Es pantomima sin gestos,
Pintura sin colorido,
Poésia sin palabras
Y retórica con ritmo;

Que el instrumento á quien Háyden
Comunica su artificio,
Declama, recita, pinta,
Tiene alma, idea y sentido.
Si las diferentes voces
Corren por tonos distintos,
Si se alternan, si se imitan,
Si á un tiempo cantan lo mismo,
Si callan de golpe todas,
Si entran todas de improviso,
Si débiles van muriendo,
Si resucitan con brío,

Solas, juntas, prontas, tardas,
Todas por varios caminos
Excitan un mismo afecto,
Llevan un mismo designio.
O expresan gritos de furia,
O de amor tiernos suspiros,
O el llanto de la tristeza,
O el clamor del regocijo.

Su poderosa armonía
Ya llama el sueño tranquilo,
Ya alienta el valor marcial,
Ya incita al baile festivo.
No afecta su melodía
Estudiados gorgoritos,
Difíciles menudencias,
Todos adornos postizos,
Con que se finge grandioso

El canto pobre y mezquino,
Que olvida llegar al alma
Por engañar el oido.
El canto de Háyden es noble,
Es verdadero y sencillo,
Es juicioso, es perceptible,
Siempre vario, siempre rico.

En él nunca el auditorio
Se alabará de adivino,
Que, en vez del paso esperado,
Suele hallar el imprevisto.....
Háyden amigo, perdona
Lo que de tu ingenio he dicho:
Para conocerte es poco,
Nada para quien te ha oido.

Y tú, benigna señora,
A quien mis versos dirijo,
Escucha cómo prosigue
La lista de mis amigos.
Muerto el uno, ausente el otro,
Tengo dos, como ya has visto;
Mas otro vivo y presente
La suerte me ha concedido.
Mengs, el célebre sajón,
El Apéles de este siglo,
Con su amistad me envanece;
Yo en la mía le distingo.
Y no preguntes la causa,
Si de aquel pincel divino
Viste alguna vez tan sólo
Un leve rasgo, un descuido.
De mi justa inclinación
No es el único incentivo
Saber que Europa le ofrece
Aplausos tan merecidos.
El móvil de mi afición
Es el deleite, el hechizo
Con que sus obras me pagan
Lo mucho que las admiro.
Su imaginación fecunda,
Su diseño corregido,
Sus tintas inimitables,
Su carácter expresivo;
El conciliarse, obedientes
A su delicado tino,
Con el juicio y la verdad,
La novedad y el capricho;
Aquel transformarse en bulto
Lo que sólo es colorido,
Lucir la naturaleza,
Eclipsarse el artificio,
Todo tiene en sí un oculto
E inexplicable atractivo,
Tiene un no sé qué de encanto,
De misterio ó de prodigio.
Logra, en suma, reunir
Su gusto sólido y fino
Lo mejor de lo moderno
A todo lo bueno antiguo.
Si Hayden conociera á Mengs,
Pronto se hicieran amigos,
Y Horacio lo fuera de ambos
Más que los tres lo son míos,
Pintor, músico y poeta
Observan en sus estilos
La misma buena elección,
El primor y arreglo mismo.
Ya conoces de qué especie
Son los amigos que elijo;
Los hábiles y estudiosos
Siempre por tales admito,
El matemático sabio,
El lógico reflexivo,
El útil naturalista,
El botánico instruido,
El orador elocuente,
El humanista erudito,
El que estatuas eterniza,
El que levanta edificios,
Todos merecen mi aprecio.
Mas no por eso hagas juicio
De que, si el talento aplaudo,
La hermosura desestimo.
Lo mejor del mundo es ella,
Segun los sabios han dicho;
Lo mejor de ella eres tú:
Yo, sin ser sabio, lo digo.
Mi amigo es quien me divierte,
Señora, te lo repito;
Y ¡dichoso yo si aumentas
La lista de mis amigos!

EPÍSTOLA X.

Escrita en 18 de Agosto de 1773.

Anoche, querido Porcio,
Iba á responderte en verso,
Y ya empezaba mi pluma
A enarbolarse sin miedo,
Cuando un fracaso imprevisto
(Aun tengo el susto en el cuerpo),
Cuando un extraño infortunio,
Cuando el más fatal agüero
De repente me dejó
Sin acción, habla ni aliento....
Mas ya que le recobré,
Voy á contarte el suceso.
Has de saber que siete años
He conservado un tintero,
El cual, hecho ya á mis mañas,
Me ha servido en mil empeños.
No era de plata ni bronce,
No era de estano ni hierro,
Ni del material temible
A maridos y á toreros.
Era no más que de vidrio;
Pero tan sólido y recio,
Como que ya estaba á prueba
De golpes de majaderos,
Y casi petrificado
A fuerza de los tremendos
Insultos que resistió
En literarios encuentros.
En fin, yo con esta alhaja
Me hallaba ya tan contento,
Que sobre ella fundaría
Un mayorazgo á mis nietos.
Mas ¡oh deleznable suerte!
De los humanos proyectos!
Cuando mi pluma se hundía
En el tenebroso hueco
Donde una media de un cura,
Hecha pequeños fragmentos,
Nadando estaba en más negras
Aguas que las del Leteo,
Vi que la cándida mano
De la musa á quien yo suelo
Invocar cuando no quieren
Los consonantes ser buenos,
Con un violento revés
Echó de la mesa al suelo
Aquel cristalino vaso,
Haciendo de él dos mil tiestos.
Aunque en mí la turbación
Era igual al sentimiento,
Preguntar pude á mi musa:
«Madrina mía, ¿qué es esto?
¿En qué pecó de mi pluma
El antiguo bebedero,
Para que así experimente
De tus iras los efectos?
¿Me he valido de él acaso
Para adular á algún necio,
Vituperar un buen libro
O lucir con el ajeno?
¿He escrito yo, por ventura,
Algun comediación de pueblo,
O en semigálico idioma
Traducciones he compuesto?
Pues ¡por qué...!» Pero la musa
Se ausentó de mí, diciendo:
«No te conviene tener
Tintero enseñado á versos;
Y si á tu archivo te acoges,
Tintero hallarás eterno,
Que vale más que el de vidrio,
Y no da sustos al dueño.»
Bien me aconsejó la musa;
Pero es frágil, no la creo;
Que hoy me dicta este romance
La que ayer me dió el consejo.

EPÍSTOLA XI,

EN PROSA Y VERSO.

Escrita, en 20 de Octubre de 1777, á don Josef Cadahalso, reconociéndole sobre no haber dado respuesta á la dedicatoria (1) de la traducción del *Arte poética* de Horacio.

Imposible será, don Dalmiro, que aunque viva yo, sobre los veinte y siete años que tengo, todos los que basten para que en alguna de las *Gacetas* de Madrid del futuro año de 1850 se haga conmemoración de mi avanzada edad y de mi muerte, olvide jamás la inaudita pieza que me habeis jugado. En verdad que no os creía capaz de echar al trezado la memoria de los vuestros amigos y servidores. Meted la mano en el pecho, y escudriñad vuestra conciencia, que la teneis harto puercas. Delito habeis cometido de tal manera contrario á las leyes de la amistad y á las de la literatura, que he resuelto acudir nada ménos que al sólo del mismo dios de los poetas, y poner en sus manos un tremendo pedimento que contra vos tengo formado. Caritativamente os lo aviso en tiempo, para que os armeis de paciencia, y apercibais las disculpas que hayais de alegar cuando de oficio se os dé puntual traslado de mi justísima demanda. Ella va en verso, porque de otro modo no me la admitirán en la tabla del consejo poético; y su expreso tenor *de verbo ad verbum* es, para serviros, el siguiente:

En tu presencia, soberano Apolo,
Yo, poeta infeliz, parezco, y digo
Que no tiene ejemplar, de polo á polo,
La traición que me ha hecho cierto amigo,
Ni en todo el protocolo
Del tribunal severo del Parnaso
Se hallará más atroz, más raro caso,
Ni más digno de un rígido castigo.
Yo, señor, días há tuve el arrojado,
Si no lo has por enojo,
De trasladar á verso castellano,
Con estudio y afán más que mediano,
Durante el ocio de unas vacaciones,
La epístola de Horacio á los Pisones;
Aquella que sujeta á reglas y arte
Los ingenios que aspiran á agradarte.
Publicóse el volumen, y á censura
Le envié de un tal Dalmiro,
Que á la sazón se hallaba en el retiro
De un mísero lugar de Extremadura.
Aun hice más. Sabiendo que es un hombre
Que en esto de los versos tiene gusto,
Y en buenas letras adquirió renombre
(Pues confesar su habilidad es justo,
Aunque estoy ofendido
De que eche á sus amigos en olvido),
La atención tuve, y aun diré la gloria,
De consagrarle el tomo referido
Con una muy cortés dedicatoria,
No en prosa llana, sino en poesía,
Y de verso mayor, por vida mía.

Tenía yo mis ciertas esperanzas,
No de obtener vulgares alabanzas
De aquellas que á un autor engordan poco,
Sino de que Dalmiro, que en la clase
De los sensatos críticos coloco,
Con benigna respuesta me animase.
Pero ¡qué ingratitud! Haber dejado
Que el tercer mes se pase
Sin que su aprobación ó desagrado
Llegasen á sacarme del cuidado!
¿Por qué no dijo en un renglón tan sólo:
«Eres buen traductor ó eres un bolo!»
Y si, por dicha, estaba más despacio,
¿Qué le hubiera costado á mis deseos
Corresponder, diciendo sin rodeos:
«Aclaraste el espíritu de Horacio,
Arreglado al comentario más seguro,
O le dejaste en su latin oscuro,
Que es algo más que griego
Para cualquiera romancista lego
(Aunque haya dado un general repaso
Al español archivo del Parnaso)»?
Por tanto, Febo, tu justicia imploro.

(1) Es la epístola inserta en la pág. 25.

Haz que venga Dalmiro á tu presencia,
Y atendiendo á su falta y mi decoro,
Imponle la debida penitencia.
Y si mi corto mérito consigue
Que sea á gusto mio la sentencia,
Dígnate de firmar la que se sigue:
«Que convencido el reo,
Dé, sin plazo más largo
Que la inmediata vuelta del correo,
A la parte agraviada su descargo
En verso endecasílabo elegante,
Ligado con forzoso consonante.
Más: que en satisfacción de sus delitos,
Escoja entre sus varios manuscritos
Alguno que imprimir, y le publique,
Sufriendo que la necia muchedumbre
De ociosos y satíricos censores
(Que son más en Madrid que los lectores)
Le persiga, calumnie y sacrifique,
Como lo tiene siempre de costumbre.
Item: que por un mes se mortifique
En escribir acrósticos y glosas,
Enigmas, laberintos y otras cosas,
Que salen mal ó bien, ó nunca salen,
Y, en suma, cuestan mucho y nada valen.
Y, como soy Apolo, le prometo
Que si en todo ú en parte
Se negare á cumplir este decreto,
Al punto pasaré con el dios Marte
Mis oficios, á fin de que le tenga
De sargento mayor gran temporada,
Para que se entretenga
En las cuentas de paja y de cebada,
Sin que le quede un rato
En que tener con las mis Musas trato.»
Con esta saludable providencia
Descargaremos todos la conciencia;
Que es justicia que pido.
Madrid y Octubre veinte.—EL CONSABIDO.

Así que, señor mio, no os cogerá ya de nuevas el merecido ramalazo que os amenaza si pronta y humildemente no tratáis de la enmienda que á vuestra desmesurada culpa corresponde, jurando por ese hábito que traéis al pecho de darne la más cumplida satisfacción y solemne desagravio.

Y dado que por tamaño descomedimiento y nunca bien ponderada deslealtad, harto más digno os habeis mostrado de mi total olvido que de mi amigable correspondencia, quiero, no obstante, suavizaros la aspereza de esta mi reprensión con daros parte del contenido de la adjunta epístola en verso (2), con cuya leyenda quizá podréis solazaros en algunas horas que tengais de vagar. El motivo de escribirla fué la instancia que un amigo me hizo sobre que diese á luz algunas obras mías. El tema ó argumento que en ella he pretendido probar es que, segun la presente condicion de las cosas en esta república literaria de Madrid, no debe ni puede salir á plaza el escritor que tenga pundonor y vergüenza. El tiempo en que la escribí fué un mal rato en que me dominaba la bilis y la hipocondría. El número que me la dictó fué la razón, apoyada de experiencias y desengaños. El estilo en que la compuse es (como lo echaréis de ver) el que provechosamente usa la sátira, confitandose las amargas verdades con las dulces chanzas; y, en fin, la entereza ó (si os place llamarla así) acrimonia con que alguna vez publico sin rebozo los deplorables abusos que conozco y no puedo enmendar, se me ha ido pegando, no sé cómo, desde que me he aficionado á los dos famosos predicadores de antaño, Horacio y Juvenal. Con razón podríais vos amonestarme sobre que me vaya á la mano en este peligroso empeño de escribir otras tales claridades como las que ellos libremente escribian; pero os hago sabidor de que si algunas veces fuera en mi mano, no caería en tan mala tentación. Y sea prueba de ello lo que no há muchos dias respondí á un buen amigo mio que me preguntó á qué especie de poesía me inclinaba más señaladamente mi genio. Leed, por vida vuestra, si otra ocupación más gustosa no os lo estorba, estos versos, en que con toda llaneza y lisura le expliqué lo que por mí pasa.

(2) Es la contenida en la pág. 26.

¡Cuán dudoso, confuso y agitado
Aquel joven cavila.
Que gran tiempo vacila
Para elegir ocupacion ó estado!
Ve un canónigo rico y descansado,
Y á la vida eclesiástica se inclina;
Oye el tambor, y quiere ser soldado;
Mira el caudal que un negociante hácina,
Y piensa enriquecer por el atajo,
Creyendo que el comercio es una mina.
Nota que un jugador funda en su vicio,
Al parecer, un simple beneficio,
Y para ser feliz sin el trabajo
A que obliga el bufete ó la oficina,
Juzga que no hay más fácil ejercicio.

Con esta situacion, amigo caro,
Muchas veces la mia,
En lo indecisa y tímida, comparo.
Ya inferirás por qué, tú, que no ignoras
Cuánto amo yo la grata poesia
Por distraccion en mis ociosas horas.
Hoy leo una cultísima elegía
Del ingenioso Ovidio
O del dulce Tibulo;
Su fantasia, su expresion envidio,
Y á escribir tiernos versos me estimulo.
Leo mañana de Maron la *Encida*
O al gran cantor de Aquiles y Briseida,
Y un noble impulso siento
De probar atrevido
La embocadura al épico instrumento.

Luégo, dando un repaso
Al metro pastoril de Garcilaso,
A las benignas Musas sólo pido
Me ayuden á imitarle el blando acento.
Aficionado, pues, de estilos varios,
Mi vocacion poética no fijo,
Y cediendo á dictámenes contrarios,
Todos me agradan y ninguno elijo.

Mas, por una experiencia que no miente,
Y un exámen maduro de mi genio
(Si es licito que cuente
En algo con las fuerzas de mi ingenio),
Creo yo que á la sátira se adapta,
Aunque más odios que alabanzas capta.
Si hablára con el vulgo, y no contigo,
Ni am la palabra *sátira* nombrára,
Porque suele poner muy mala cara,
Y temer como acérrimo enemigo
Al que, escribiendo sátiras morales,
Curar pretende envejecidos males.
No distingue los útiles escritos
Que las ridiculeces, los delitos,
Los errores y abusos vituperan
De los que con censuras personales
En infames libelos degeneran.

Yo, infeliz, me apliqué, por mis pecados,
A estudiar los poéticos principios;
Y aunque mis versos no parezcan buenos,
Tres defectos evitan á lo ménos:
Vocablos afectados,
Inoportunos ripios
Y galicismos nuevamente usados.
Pero, que escriba de este ó de otro modo,
Mi estudio, tal cual es, perdióse todo,
Porque, al cabo, me veo en el apuro
De propender á un delicado estilo,
Que nunca puedo usar libre y tranquilo,
Y en que tal vez el crédito aventuro....

Yo os comunicaré algun día, no solamente ciertas
obrezuelas que, siguiendo esta manera satírica de escri-
bir, he compuesto en mis ratos de ocio, sino tambien los
demás versos que en otras ocasiones me habeis pedido,
con tal que me deis en adelante pruebas de vuestro ar-
repentimiento y reformacion de vida.

Contestadme, pese á vos y á vuestra pereza, y no deis
lugar á otros procedimientos con que puedo escarmen-
taros, y vengarme de la sinrazon y desaguisado que ha-
beis cometido contra uno de vuestros más fieles cama-
radas, que las manos os besa, y os estima á pesar de
vuestras fechorías, etc.

POEMAS VARIOS.

I.

Al nacimiento del infante don Carlos Clemente, y fundacion de la
real orden de Carlos III, en 1771.—Versos latinos, con su tra-
duccion castellana.

*Regius, insignis, Hispanus equester ordo sub Carolo III nomine ab
eodem opt. rege institutus, infantis Caroli natalium diem hominum
memoria commendaturus.*

Fallor, an aeriis plaudens jam gloria pennis,
Invistura tuas, insignis Iberia, sedes
Advolat? Exuvias, ut quondam, induta cruentas,
E castris non illa redit, nec funera jactans,
Spectandam sese potius quam præbet amandam;
Sed molle arridens, teneroque innexa decoram
Flore comam, placide tibi pacis gaudet adepta
Munera. Tu, magni fortunatissima Regis
Imperio jam facta, tuis quem laudibus ultra
Sperares cumulum, vel honori accedere honorem?
Scilicet hoc deerat, LODOICA Uxore beatus
Ut CAROLO CAROLUM CAROLUS daret ipse Nepotem.

Fallaces valeant ludi. Nec circus inani
Nunc fremitu reboet, nec luxuriosa pererrans
Compita, vulgus iners auleis lumina pascit,
Sulphurea aut flammæ stupeat miracula, fumum.
Insolita insuetam despicit res sibi pompam:
Dedeceat immortale decus peritura voluptas;
Quin májora bonus spectacula Posteritati
Exhibet in memori PATRIÆ PATER, exhibet ultro.

Huc, agite, optato quas dira, Parentibus orbas,
Sors prohibet victu, queis nubilus emicat ætas,
Ocuis huc gressum certatim afferre Puellæ.
Solatur, refovet, Genitores plangere adeptos
Rex vetat. Aspice ut vacuo quis ludicra fastu
Lætitia absorberet opes, has pectoris ille
Indice munifici vultu profundat amico:
Asserat ut vobis fortunam exinde feracis
Connubii, Augustamque nova feliciter auctam
Prole Domum exemplar Populis imitabile sistens,
Prole nova pariter juveat florere Colonum,
Et Dominatori Famulos generare futuro.

Ecce patens (ni flixa oculos delinquit imago)
Campus adest. Illic juvenilia sponte soluti
Corda joco, viridem stratis Sponsaque Maritique
Accumbunt mensis super herbam, et rite jugales
Concelebrant tædas. Hinc audio nonne repente
NATI, PATRIS, AVI concordi nomina ovantum
Ingeminata virum, media inter pocula, plausu?
Ardua nonne poli ferit inde palatia clamor
Fœmineus, LODOICA sonans? Quid plura morabor?
*Carpentianorum non Mantua, sed genos ipsum
Consecrat humanum Regali festa NEPOTI.*

Parte alia (Gentis summa hæc splendoris Iberæ)
INFANTEM Rex ipse suis complectitur ulnis
Egregium. Nec tunc puduit blanda oscula pulchris
Infixisse genis; et quos madefecerat olli
Successu gaudens animus, pietasque paterna,
Despiciens oculis sobolem, mox talia fatur:
«O puer, Hesperia columen, celestia dona,
Deliciaeque Domus! longinqua in sæcula nomen
Usque tuum vivet: tua lux memorabilis esto
Natalis. Pater exopto; Rex impero. Equestris
En ego præclari nunc Conditor Ordinis adsum.
Illum cognomen CAROLI, sine labe MARIE
Præsidium, exornetque Crucis veneranda figura.
VIRTUTI ET MERITO faveat: te prædicet ortum.»

TRADUCCION DEL POEMA ANTECEDENTE.

Real distinguida orden española de Carlos III, instituida por el Rey,
nuestro señor, para perpetuar en la memoria de los hombres el fe-
licísimo nacimiento del infante.

¡No es aquella la gloria, que, sireando
La excelsa esfera con veloces alas,
Se encamina á ser digna habitadora
De tu region, oh esclarecida España?
Hoy no la adornan, no, como otras veces,
Los sangrientos despojos de batallas,

Ni orgullosa con muertes y destrozos,
Viene á ser admirada más que amada;
Antes bien halagüeña y blandamente
Enlazado el cabello de guirnaldas,
Llega á congratularte de los frutos
Que la serena paz en tí derrama.
Dendora tú de inmensos beneficios
Al imperio de un pródigo monarca,
Di, ¡qué colmo á tus dichas ó qué lauros
Añadir á tus lauros esperabas?
¡Venturosa nacion! Únicamente
Faltaba ya que, en memorable alianza
Con LUISA unido un CARLOS, á otro CARLOS
Un nieto CARLOS dar, en fin, lograra.

Callen superficiales regocijos.
Con ecos hoy de aclamaciones vanas
El circo no retumbe, ni por calles
Con exquisito lujo hermosadas
Pasmen la vista de la plebe ociosa
Matizados tapices, ricas galas,
O de ingeniosa pólvora prodigios,
Más fútiles que el humo que ella exhala.
Mal pueden concurrir pompas triviales
A celebrar fortuna tan extraña,
Ni unirse transitorias diversiones
Con el lustre immortal que el reino gana.
Bien al contrario, la sabiduría,
La clemencia del PADRE de la PATRIA
A la posteridad, mayor, más justo,
Más durable espectáculo preparan.

¡Oh vosotras, doncellas, que nacisteis
Expuestas al rigor de suerte escasa,
Desconsoladas huérfanas, á quienes
La adulta edad á nuevo estado llama!
Venid, corred, que vuestro rey piadoso
Ya os abriga en su seno, ya os ampara,
Y quiere que, asistidas con sus dones,
De vuestros padres no floreis la falta.
Mirad cómo, con rostro placentero,
Que da reales á una accion bizarra,
Los tesoros reparte entre vosotras
Que el fausto á pasatiempos destinaba;
Cómo de mil fecundos matrimonios
El más próspero logro os afianza,
Para que, si hoy acrecentada vemos
Con nueva prole su inclita prosapia,
Tambien florezca en sus dominios todos
Nueva propagacion, pues él lo manda,
Y al que ha de ser un día soberano
Nuevos vasallos desde ahora nazcan.

Un espacioso campo allí descubro
(Si fantástica idea no me engaña),
En donde rebosando de alegría
Los jóvenes esposos, las zagalas,
Y ocupando en tropel rústicas mesas,
Sobre la verde hierba colocadas,
Celebran la fortuna de sus bodas.
¡Resuena ya otra cosa en la comarca
Que la unánime voz de los consortes
Que al HIJO, al PADRE y al ABUELO ensalzan?
Al mismo paso; no se puebla el aire
Del festivo rumor de desposadas
Que, confusas del bien que á LUISA debén,
De LUISA el adorado nombre aclaman?
Sepase de una vez (¡qué me detengo!)
Que no consagra *Mantua Carpentana*
Solemnes fiestas al real INFANTE;
Pero el género humano las consagra.

Por otra parte (y en aquesto solo
Van las glorias de España compendiadas),
Del niño hermoso en sus amantes brazos
Sostiene el mismo Rey la dulce carga.
En las tiernas mejillas de su NIETO
No se sonroja de imprimir la estampa
De los angustos labios, y con ojos
Que el gozo sin igual de la grande alma
Y la piedad paterna humedecian,
Contemplándole tierno, así le habla:
«¡Oh niño, soberano don del cielo,
De toda esta nacion firme esperanza,
De mi casa delicias! Sí, tu nombre
Vivirá, te lo juro, edades largas,

Vivirá el feliz día en que has logrado
Ver la luz y al hesperio suelo darla.
Yo, padre, lo deseo; rey, lo mando.
Y para que los siglos más te aplaudan,
Instituyo, en memoria de esta dicha,
Una *Ilustre y Real Orden Hispana*.
Orden del TERCER CARLOS se apellide;
Protégela MARÍA Inmaculada,
Y de la Cruz la insignia venerable
Sea su distintivo, adorno y armas.
El galardón más noble y decoroso
A LA VIRTUD Y AL MÉRITO reparta;
Vaya, pues, pregonando al orbe entero
Que ha nacido un INFANTE á las Españas.»

II.

LA PAZ Y LA GUERRA.

Alegoría al feliz nacimiento del infante don Carlos Ensebto,
en 1780.

Al más oscuro y solitario bosque
De cuantos pueblan la frondosa orilla
Del lento Manzanares, retirada
La bienhechora PAZ, triste gemia;
Y largas horas en la inmóvil mano
Descansando la pálida mejilla,
Ni aun hallaba consuelo en la esperanza
De recobrar su libertad perdida.
Arrojado á sus piés, y ya marchito,
Yacia el ramo de la verde oliva;
Destrozadas yacian las guirnaldas
Con que á las artes coronaba un día,
Y el comercio, la noble agricultura,
Las doctas Musas y la industria activa
Testigos eran de su amargo llanto,
Que fieles á imitarle concurrían.

En esto, de la fama diligente
Se oyen los ecos, que, pidiendo albricias,
Publican haber dado al reino hesperio
Un feliz sucesor CARLOS y LUISA.
El cielo, que su luz tibia y escasa
Mostraba á la sazón en nuestro clima,
Empezó de repente á serenarse
Con nuevo resplandor, nueva alegría.
Restituyó á las aves dulce canto,
Delicioso verdor á las campiñas,
Y ya formaban en las frescas aguas
Festivos coros las silvestres ninfas.
Pero cuando la PAZ, recuperando,
A influjos de la próspera noticia,
El oprimido espíritu, trocaba
Los roncós ayes en sonoros vivas,
Hacia aquella mansion la fiera GUERRA
El arrogante paso precipita,
Y del morrión las enroscadas sierpes
Con silbos anunciaron su venida.

Aparécese, en fin. No muy distantes,
Como sus compañeras y ministras,
Vendada la fortuna y laureada
La inexorable muerte, la seguían.
Ella al estruendo del templado parehe
Su lanza, en rojo humor medio teñida,
Blandió tres veces, y otras tres el bosque
Estremeció con la espantosa vista.
«¡Cómo (la dijo la tranquila diosa),
Cómo de tus insultos, de tus iras
No me defiende este secreto asilo
En que léjos de tí, ciega homicida,
»Vine á ocultar las lágrimas que vierto
Por mi plácido imperio que hoy arruinas?
Vuelve á las naves, á las tiendas vuelve,
Donde tus leyes rigurosa dictas.
»Ahora que, calmando mis pesares,
Concede á España la piedad divina
El dón de aquel INFANTE deseado,
Que afianza sus glorias y las mias,
»Y en quien, á imitacion del justo abuelo
Y de los tiernos padres, mis delicias
Quiero desde hoy cifrar, ¡tú distraerme
Intentas de aplaudir tan alta dicha? —
»Sí (replicó la furibunda GUERRA),